ARTURO USLAR PIETRI: *Fantasmas de dos mundos.* Biblioteca Breve, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1979.

Desde la publicación de la célebre novela *Las lanzas coloradas,* en 1931, el nombre de Arturo Uslar Pietri está inamoviblemente vinculado a la más representativa literatura latinoamericana de este siglo. La citada obra anunció tempranamente los grandes cambios que se producirían en la narrativa latinoamericana posterior, a modo de eclosión, bajo el denominado *boom* continental de las letras. Con mucho acierto, Miguel Angel Asturias, otro percursor de la nueva novela, resume con palabras afortunadas lo que en realidad significa la fórmula creativa de Uslar Pietri: «Hacer visible lo invisible con palabras». Tesis también válida para aplicarla a su poco conocida labor de ensayista.

Si el prestigio de *Las lanzas coloradas, El camino del Dorado,* y más recientemente, *El laberinto de Fortuna* y *Oficio de difuntos,* colocaron a su autor entre los más importantes narradores de nuestra lengua, de *Fantasmas de dos mundos* se puede afirmar que esta obra sitúa a Uslar Pietri en primerísima línea de pensadores latinoamericanos, por los valiosos conceptos universales que encierra. No se trata de una afirmación casual. Los tres ensayos anteriores, escritos con sabor de su patria, muestran el vigor y la claridad del lenguaje propios de este gran maestro de la palabra, pero *Fantasmas de dos mundos* va más allá. Es la reflexión serena sobre la cultura, los orígenes y la realidad propiamente latinoamericana hecha extensiva hasta la hispánica, y que Uslar Pietri recoge de la tradición del pensamiento de su propia patria, donde se viene cultivando con esmero y dedicación desde Andrés Bello.

Uslar Pietri nació en Caracas (Venezuela), en 1906. La gran trayectoria de su vida mantiene estrechos vínculos con su obra. Doctor en Ciencias Políticas y diplomático, ha ocupado los más altos cargos oficiales, varias veces ministro, candidato a la Presidencia, director del diario *El Nacional,* embajador y permanente viajero. Esto hace suponer que el cúmulo de experiencias recibidas mediante el contacto directo con los problemas más acuciantes en la relación entre gobierno-pueblo, y su ávido interés por la cultura europea desde los distantes años de estudiante en París, le han servido de mucho a la hora de enjuiciar las dos culturas—latinoamericana y europea—, porque con *Fantasmas* esclarece en gran medida el difícil problema, tantas veces debatido, relacionado con el estudio de una posible filosofía americana, analizada también por el venezolano Mayz Vallenilla. Lo cual confirma lo dicho antes: que *Fantasmas de dos mundos* pertenece a una importante corriente del pensamiento venezolano.

La obra está dividida en treinta ensayos, donde se estudian una vein-

tena de personajes y se analizan detalladamente la cultura hispana y, sobre todo, la latinoamericana. En todos los trabajos, la erudición desempeña un papel muy importante como elemento esclarecedor y ameno, hasta el punto de recordarnos al mejor Rubén Darío de *Opiniones* o las famosas crónicas de Gómez Carrillo.

La poderosa imagen plástica y la anécdota son las características comunes que definen a los artistas estudiados. Asturias, Borges, Proust, Malraux, Saint-John Perse, Carlomagno, Esquilo, León Battista, Rubens, Saint-Simon, Chateaubriand, Sartre, Lautréamont, Américo Castro, Bataillon, Picasso, Céline, Neruda, Heisenberg, Tolstoi, son los fantasmas que, como seres recobrados de la muerte, desfilan por las páginas del libro, en un momento determinado de sus vidas o en el marco de la historia que los envolvió, tratados todos ellos de manera relampagueante, de *snap-shot,* con la intensidad que caracteriza a los mejores personajes de sus relatos. También hay que reseñar la aguda penetración y profundidad con que el autor analiza lo mejor de las obras de algunos de los personajes, lo que constituye, por otra parte, un importante modelo de crítica literaria. Objetivo primordial del libro, si se tiene en cuenta que *Fantasmas de dos mundos* propone una teoría de crítica histórico-literaria, pero analizada desde la perspectiva latinoamericana.

En este orden de cosas merece significación destacada la importancia del pensamiento que Uslar Pietri desarrolla en los cuatro últimos ensayos—los más extensos—, dedicados a buscar las bases sobre las que se asienta la cultura latinoamericana. Apunta que «la historia del pensamiento hispanoamericano es la historia de esa búsqueda», pero no en el sentido que lo comprendió, por ejemplo, Henríquez Ureña, a través de la cultura europea, sino más bien como Mayz Vallenilla propone en *El problema de América*—libro publicado en Caracas y que Uslar Pietri debe conocer—, para quien la filosofía latinoamericana será original sólo si se funda en una experiencia ontológica extraída de la propia realidad.

No es casual que sean los venezolanos los que en mayores ocasiones hayan hecho hincapié en esta cuestión, y los que con mayor preocupación también se hayan planteado la herencia de la cultura y el sentido que esa cultura debe tener en cuanto que es propia. Este viejo debate, que sigue sin resolver, tiene sus raíces en la falta de importantes teóricos que aglutinen la filosofía americana y que señalen de modo definitivo las directrices que contengan su ideal. Quizá por esto el pensamiento, el teatro y la filosofía sean géneros escasamente cultivados, pese a importantes excepciones.

La novela, sin embargo, confirma lo contrario desde hace bien poco. Para Uslar Pietri, «la cuestión verdadera no consiste en preguntarnos

si la literatura en la América latina es o no moderna», si se hace o se deja de hacer siguiendo patrones extranjeros, lo que importa es que exprese la realidad de la situación histórica y cultural del hombre latinoamericano y que se exprese en base a sus propios modelos. En ese sentido, afirma que «si la narrativa hispanoamericana ha alcanzado en los años recientes tanto aplauso en el mundo occidental, se debe precisamente no a que sea moderna en el sentido del *nouveau roman* francés o de cualquiera otra experiencia de los grandes centros, sino a que presenta la poderosa originalidad de una situación que no se puede equiparar a ninguna otra». Hasta aquí surge el conflicto entre historia y estética para el lector europeo de hoy, acostumbrado al formalismo. Pero valgan las palabras de Gaetan Picon para poner fin a este comentario: «La historia no pretende necesariamente excluir o reemplazar a la estética. Simplemente la pone entre paréntesis».—*RICARDO LLOPESA (Plaza Arturo Piera, 2-19. VALENCIA-8).*

JORGE EDUARDO ARELLANO: *La entrega de los dones.* Ediciones Americanas, Managua, Nicaragua, 1978.

A partir de los años 1959 y 1960, las generaciones jóvenes de poetas nicaragüenses comienzan a romper con los moldes tradicionales de la poesía, que hasta entonces se perfilaba en dos tendencias claramente opuestas: Una, culta, procedente de la vanguardia, renovadora y más representativa después de Darío, que tuvo sus comienzos a finales de la década de los veinte, con Pablo Antonio Cuadra y José Coronel Urtecho a la cabeza. La otra, muy popularizada, venía arrastrando la herencia dariana por unos cauces de expresión más cercanos a la desfachatez que a los cánones establecidos por el modernismo, pero que desgraciadamente se convirtió en modelo de hacer versos entre damas y señoritos capitalinos.

Lo que los nuevos poetas se proponían inevitablemente era combatir esa *mala poesía,* rancia y descompuesta, que suponía la pésima imitación de los poemas de Darío; por otra parte, introducir los problemas de la vida nacional en la poesía—lo que hasta entonces no había hecho la vanguardia—, con la finalidad de integrar al intelectual dentro del contexto social. Todo esto lógicamente implicaba la búsqueda de un lenguaje y unas formas de expresión propias. En la toma de posición de estas posturas influyó muchísimo la crítica situación política por la que atravesaba el país, en su deteriorada relación interna y con los países